

El polvo de los muertos vivientes

Elmer Ruddenskjrik



Capítulo 1

Dibujo de la portada por

JUN-OH

Dedicado a María Larralde...

Y ahora... que comience la función.

EL POLVO DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Y eso que sólo era la segunda edición. La segunda temporada del programa-concurso "Apocalipsis Zombi" estaba resultando ser todo lo impactante, espectacular, dramática e intrigante que nunca jamás había llegado a ser cualquier otro producto televisivo. Tras la ampliación a 23 distritos del terreno de juego que se había tenido que proyectar a partir de la fuga de infectados durante las labores de mantenimiento tras la primera temporada, los organizadores habían temido que el inmenso laberinto de calles infestadas de zombis resultara en un desarrollo disperso, lento, aburrido y por lo tanto muy poco conveniente para mantener las audiencias del nuevo año, por mucho que el número de participantes se hubiera incrementado de los 20 del programa debut a los 56 del nuevo y obligado formato. Pero... ¡para nada!

Así había sido: la cosa no había tardado en ponerse interesante cuando todo el grupo de supervivientes había convertido la convivencia con un único miembro en especial en todo objeto de controversia. El joven voluntario de 21 años, con síndrome de Down, David Catapelsky, fue señalado enseguida como primer prescindible de aquella edición al hacer perder al equipo la prueba quincenal, privándolos a todos de la tan necesaria entrega de víveres y armas. La cosa no había mejorado mucho cuando había olvidado situar en su sitio el percutor de una pistola que él mismo había limpiado durante su turno, provocando con ese descuido que tres miembros de la partida que había salido a recuperar alimento y equipo fuera del refugio perdieran la vida de espantosa manera durante un encarnizado enfrentamiento contra una multitud de muertos vivientes. El hambre y el terror habían apretado, y el grupo se había visto obligado a dividirse después de que estallaran varias batallas campales dentro del mismo refugio (un gran centro escolar, convenientemente reforzado por el equipo de arquitectos e ingenieros del programa a tales efectos). Las muertes se sucedieron, y el joven Catapelsky fue finalmente secuestrado por el bando que le consideraba un auténtico lastre, así como el verdadero

y único culpable de los sucesivos desastres que diezmaban a los voluntarios participantes uno tras otro, jornada a jornada...

La audiencia sufrió un repunte sin precedentes aquellos días. El programa ya era el más exitoso y con más proyección de patrocinadores de la historia de cualquier clase de entretenimiento audiovisual, en gran medida por la audacia de la idea, por la personalidad de los voluntarios (cuidadosamente seleccionados por su personalidad y atributos) y por el alarde tanto logístico como tecnológico del formato, con la implicación del desarrollo, mediante el contrato con tres diferentes farmacéuticas, del patógeno que hacía posibles y reales a los tan recurrentes y morbosos zombis que las viejas películas gore de acción de los cincuenta años anteriores habían hecho tan populares...

También, la planificación del espacio, desalojando y recolocando, mediante acuerdos con el ayuntamiento y el gobierno, hasta a un quinto de la población de aquella cosmopolita y concurrida ciudad, para diseminar por los distritos concertados la legión de aproximadamente veinte mil muertos vivientes que debían servir como ancho mar muerto para los naufragos participantes; la instalación, mantenimiento y control de los cerca de siete mil cámaras que permitían inspeccionar hasta los más perdidos y oscuros callejones de los distritos, y el trabajo de edición, en el que se abusaba de un sencillo y espectacular efecto de zoom digital durante las discusiones entre los participantes y, sobre todo, durante las ejecuciones de zombis o las dramáticas muertes a manos de los mismos muertos caníbales de los perdedores del día... Todo el mundo podía ver en su casa, en alta definición y con un efecto de violenta aproximación, como si les lanzaran desde su propio sofá contra las imágenes, cómo los huesos, las vísceras, los sesos, y, en definitiva, las mismas sensaciones, eran removidos con violencia de sus continentes a todas horas, con la consecución durante todo el día de repetitivas pero exitosas moviolas para todo aquel que se lo hubiera perdido o para quien simplemente necesitara recrearse en alguna escena en particular... En realidad, el programa era el mejor producto de entretenimiento de la historia por una sencilla razón: ¡porque no podía ser de otro modo!

Y como se venía diciendo, la audiencia aumentó a cotas que nadie hubiera sido capaz de proyectar, cuando, en mitad del momento de más hambruna y resentimiento, el grupo que veía en el pobre David Catapelsky al desencadenante del funesto desarrollo del programa (ya con él recién sustraído de entre la protección de los supervivientes que aún le consideraban un compañero) lo sometió a un multitudinario linchamiento del que las cámaras dieron testimonio con un nivel de detalle propio de la medicina forense, a plena luz del mediodía, a la hora de comer, y en directo para todo el mundo en sus casas.

Lo primero que le había ido cayendo al joven mongólico no había pasado de unas largas series de collejas y bofetones acompañados de fuertes

tirones que le habían ido desgarrando y finalmente arrancado progresivamente toda la ropa. Pronto, los más violentos pasaron a soltarle desmedidas patadas a los vacilantes y grasientos glúteos, así como contra su hinchado vientre, mientras él rebotaba de aquí para allá entre todos los rabiosos concursantes, con sus sucias zapatillas deportivas como toda protección ambiental proveyéndole de cierta estabilidad en sus trompicones sobre el asfalto de la cancha de baloncesto de aquel patio. El joven Catapelsky, reacio a los maltratos, había soltado algún que otro empujón e incluso acertado a apuñetear algún rostro en su confusión, pero su deseo de defenderse, su resistencia, no hizo más que enardecer a sus acosadores, y enseguida empezaron a caerle golpes con palos y sillas plegables lanzadas de manera más o menos malintencionada. El grupo empezó a celebrar la paliza, y todos pasaron a comportarse como verdaderos animales. Catapelsky ya lloraba y apenas reptaba a cuatro patas, con toda su piel enrojecida e incluso hinchada, y empezando a amarrotarse de los multitudinarios golpes. Ante la mirada horrorizada, escandalizada, eufórica o emocionada pero, sobre todo, atenta de la creciente audiencia de ese día, a esa hora, el joven con síndrome de Down fue sodomizado brutalmente por los más salvajes de los desatados concursantes, mientras el resto seguían apaleando su cabeza apretada bajo sus regordetes y cortos brazos. Antes incluso de que terminaran los turnos para la violación, otros integrantes del grupo habían ido preparando una improvisada pero funcional barbacoa en la que apenas una hora después empezaron a cocinar vivo al valiente Catapelsky.

A raíz de eso, los directivos del programa, sabiendo muy bien cómo dirigir las pasiones de sus telespectadores, no tardaron en lanzar una campaña de donaciones a través de SMS, llamada telefónica y por internet, que resultó ser todo un éxito. La campaña se llamó "Vengamos a Catapelsky", y consistía en una reunión de fondos especialmente dedicada a proveer de armas avanzadas a los excompañeros y protectores en vida de David Catapelsky, para así vengar no sólo dicha muerte, si no las otras cuatro provocadas por la lucha entre los dos grupos. De este modo, aún subió más la audiencia, varias unidades más, por increíble que fuera. Era como si todas aquellas personas sin televisor se hubieran comprado uno para poder ver el programa. Y el día señalado para la venganza, de nuevo la audiencia reventó los propios registros récord del programa...

El equipo de operativos y directores del formato dieron el todo aquel día, proporcionándoles a los telespectadores el mejor directo de la historia de la televisión, con un seguimiento y planificación de edición en vivo totalmente innovadores e insuperables. Aquel día, poco más de una decena de participantes se enfrentaron a cerca de treinta, y la audiencia pudo deleitarse en la consumación de la justa, deseada, y espectacular venganza... Los excompañeros de Catapelsky salieron de sus patéticas barricadas en un rincón del patio trasero del centro escolar armados con fusiles automáticos, ametralladoras y escopetas, mientras que sus rivales apenas disponían de cinco pistolas y toda una variedad de armas

contundentes, algunas proporcionadas a lo largo del programa como premio junto a las de fuego, otras improvisadas con lo que bien habían podido recuperar del exterior invadido por los muertos vivientes...

La gente siguió con avidez y creciente emoción la batalla. Los asesinos de Catapelsky, aterrorizados ante la muerte segura que se les acercaba a tranquilo paso sin dejar de disparar, habían ido retrocediendo hasta llegar a buscar refugio por el interior del centro escolar, el cual apenas era utilizado para dormir durante las frescas noches y poco más. Allí dentro pudieron presentar una mejor resistencia, pero por breve tiempo. Los directores del concurso habían proporcionado tanto munición de sobra como granadas de mano a mansalva a los ejecutores de la venganza, de modo que pronto atacaron en sus sofocantes refugios a aquellos que de algún modo se mantenían a salvo dentro de las aulas y pasillos, y cuando el humo y el polvo se disiparon, pudieron entrar a rematar con violentas maneras a los tullidos y ensangrentados supervivientes de la masacre, que, o bien se arrastraban ciegos de confusión y miedo, o languidecían ante las cámaras durante lastimeras súplicas. Las muertes fueron rápidas, pero tan expeditivas que ningún seguidor de los miles de millones que tenía el programa alrededor del mundo habría sido capaz de no expresar su satisfacción sin una incontenible y nerviosa sonrisa de emoción...

Obviamente el concurso no terminó ahí. El número de participantes se había reducido drásticamente en sólo un día de lucha, pero seguían adelante dentro de su cruzada por la supervivencia. Los directores sabían que no podían dejar que el resto del programa transcurriera durante un relajado recuento de las provisiones (que repentinamente eran más que suficientes para los que quedaban), y que los participantes restantes demoraran sus escauceos por el exterior de su recinto a cuenta de que no tenían ninguna pronta necesidad. Y, aun sabiendo de antemano que no podrían mantener los niveles de audiencia como durante todo el asunto sobre David Catapelsky, establecieron que los ganadores de la batalla debían aprovechar su nuevo armamento y recién recuperado avituallamiento para practicar un éxodo. La directiva del programa comunicó a los participantes, así como a los espectadores, que las puertas y vallas del recinto escolar serían voladas eventualmente por cargas explosivas disparadas desde helicópteros, y que la única manera de ganar en el programa (y por tanto, sobrevivir), era recorrer la ciudad entre los zombis hasta la parte más alejada del muro de veinte metros de hormigón que cerraba el terreno del concurso: unos 13 distritos de viaje a pie hacia el sudoeste, donde se les esperaba a puertas abiertas con todo un pelotón de fuerzas especiales y apoyo aéreo, más que suficiente para controlar la lenta y torpe muchedumbre zombi.

De ese modo, el programa afianzó la recién adquirida audiencia, si bien ya pocos seguidores más podía ganar: la segunda temporada estaba siendo un todo un fenómeno mundial que era seguido incluso a través de diferentes y múltiples servicios de pago por visión a través de internet, e

incluso pirateado asiduamente en muchas redes sociales clandestinas. La siguiente y, presumiblemente, última prueba de los (así bautizados por los pases de promoción de la propia cadena) "Mártires Catapelsky" era el adecuado clímax dramático para el progreso en el programa de los concursantes supervivientes, quienes habían posicionado su moralidad y humanidad antes que su propio bienestar, quienes habían visto malograda toda su buena intención de defender al perdido David, y quienes habían tenido que soltar a su propia bestia interior tanto en previsión de un ataque asesino del grupo más grande, como por el mismo deseo de venganza...

Y de este modo, el éxodo de los "Mártires Catapelsky" dio comienzo. Los supervivientes no tuvieron muchas dificultades para limpiar la parte delantera del centro escolar, abriendo enseguida una brecha entre los muertos vivientes que les permitiría alejarse con seguridad y rapidez del refugio. Los trece supervivientes habían salido organizados, preparando una estructura de movimiento en la que los más fuertes y mejor armados protegían a los más débiles, quienes llevaban las escopetas (más efectivas a distancias cortas), el grueso de la munición para todas las armas, y las granadas de mano restantes. Todos los víveres habían sido repartidos en cantidades ligeras e individuales en la mochila de cada concursante, contando con comida y agua para, como mucho, dos días (no contaban con vivir mucho más si fracasaban, ni el viaje duraría tanto, si tenían éxito), de modo que podían moverse con soltura y precisión. Recorrieron prestos más de la mitad de los distritos, abriéndose camino por las calles principales, avanzando a toda velocidad, mientras los muertos vivientes de otras zonas iban cerrándoles el camino ya recorrido en una lenta procesión, siguiendo el sonido de los disparos y explosiones. Lo que hasta entonces había resultado un avance más o menos sencillo entre una dispersa cantidad de zombis, se había ido volviendo de manera progresiva e imperceptible en una cada vez más densa y continua refriega contra una masa de cadáveres caníbales que se agolpaba desde otros distritos atraídos por el único sonido que recorría todas las calles (además del de sus renqueantes y secas gargantas, por supuesto): el sonido de la misma batalla, que se recrudecía por momentos.

Pronto, el grupo se vio tan superado de blancos por abatir, que se vio obligado a detener el avance para dedicarse a la ejecución de los muertos vivientes. Volaron granadas por los aires, que al estallar lanzaban tripas y miembros, y cuerpos enteros incluso, por todas partes. La labor de edición de esa jornada estaba resultando en el mejor clímax jamás rodado en cámara, probablemente imposible de superar aquella dramática debacle, el terrible fin que esperaba a los "Mártires Catapelsky". Algunos supervivientes rompieron la formación e intentaron salir huyendo por callejones, sólo para descubrir que en ellos se agolpaban unos contra otros, e incluso unos sobre otros, los zombis, que con sus brazos extendidos y sus caras secas pero anhelantes, buscaban el calor y humedad de aquellos cuerpos rosados que se agitaban alocados. Se

echaban sobre los concursantes como una lenta y sensual marea de deseo, desparramándose sobre ellos, tan sobrepasados, y acertando apenas unos pocos a mordisquear algo de su carne mientras más muertos se echaban sobre los primeros, y alrededor, sumiendo a sus víctimas en una pesadilla de dolor insufrible y agónica asfixia.

Y los que habían mantenido sus posiciones se vieron rápidamente cercados por la segura peste que traían consigo los miles de zombis, pues sus alientos mismos parecían haberles sido arrebatados momentos antes de llegar a ser zarandeados por la infinidad de manos rígidas y descarnadas dentaduras que se sacudían en espasmódicos mordiscos incluso en el vacío, dejando alguno la lucha incluso antes de quedarse sin munición, uno que otro volándose él mismo la cabeza con su arma de fuego... Pero, ¡un momento! Un par de los supervivientes se habían conseguido escabullir hacia un lado de la calle, y, empujando y apaleando a los muertos que les cerraban el paso, habían logrado pasar al interior de una vieja ferretería, tras echar abajo la puerta principal con una potente embestida. Las cámaras no podían filmar el interior, pero, sin duda, encontraron rápidamente algo con lo que bloquear la entrada, pues lo que parecía la parte trasera de una pesada estantería ocupó el oscuro espacio que desde fuera podían escudriñar los seguidores del programa... Y quizá por su propio peso, quizá debido a la torcida posición, de alguna manera impedía a los muertos vivos abrirse paso al improvisado refugio de los dos supervivientes...

Con el resto de los concursantes ya muertos, pero aún retransmitiéndose en una esquina de la pantalla su destripe y mutilación a manos de los zombis, aparecieron en pantalla los dos presentadores del programa, Mazaias Tergara y Salvador Nisce.

— ¡Vaya, vaya, pareciera que el programa de este año sea una inacabable serie de sorpresas! —exclamó Mazaias para la cámara, agitándose completamente como nervioso, de pies a cabeza, dentro de su traje azul rematado con corbata roja. Su rubio y recio tupé se zarandeó de tal manera que unos pocos pelos se desprendieron de su lacado y bailotearon sobre su frente. Parecía un cocainómano vibrando durante el momento álgido de su colocón... y probablemente así fuera—. ¡Acabamos de ver cómo Shaun Spencer derribaba esa puerta como si de una lámina de papel se tratara, llevándose consigo a la joven Karen Anvel, sin duda salvándola a ella de una terrible muerte que por sí misma no sería capaz jamás de evitar! ¿Verdad Sal?

—Así es, Mazaias, así es... —aseveró mucho más tranquilo su compañero, vestido, como siempre, del mismo modo, pero luciendo un pulcro peinado rapado que parecía reafirmar su estabilidad emocional más allá de una mera pose ante la cámara. Se volvió hacia los telespectadores, como había hecho el mismo Mazaias poco antes, y continuó el discurso, mientras distintas tomas del holocausto caníbal de los muertos se

desarrollaba detrás de ellos—. Shaun Spencer, ex jugador de fútbol americano, de 47 años, retirado, y Karen Anvel, estudiante de 18 años, parecen ser ahora los únicos concursantes de Apocalipsis Zombi, pero... Improbablemente serán ganadores, ¡salvo que ocurra un milagro!

—Claaaaaro que sí, amigo —siguió Mazaias, volviendo a menear frenéticamente su deshecho tupé—. ¡Por el amor de una madre, joder, es que esto es increíble! ¡Menudo final para los "Mártires Catapelsky"! Acabamos de presenciar una apoteósica batalla desesperada contra el destino... La fuerza de la voluntad humana, la determinación del corazón de cada uno de nuestros concursantes, de nuestros MEJORES CONCURSANTES, enfrentándose a la misma muerte encarnada en los vacíos ojos y ávidas bocas llenas de podridos dientes de miles de PUTOS ZOMBIS.

— ¡Putos zombis! —interrumpió Salvador, socarrón—. ¿Crees que alguno de los perdedores de hoy habrá tenido la frialdad de pensar eso siquiera? ¿¡Putos zombis!? ¡Se me van a comer, los putos zombis!

—Lo dudo mucho, Sal, viejo amigo —añadió sonriendo Mazaias—. Supongo que yo, en su lugar, estaría demasiado ocupado en mis últimos momentos apretando bien el culo para no cagarme encima y morir ante las cámaras con algo de puñetera dignidad...

—Y ahora... ¿qué podemos esperar de nuestros dos últimos e inesperados héroes? —empezó a decir más serio Salvador, para la cámara de nuevo, directamente para los seguidores del programa—. Todos sabemos que nunca fueron ni los más hábiles ni los más listos... Shaun Spencer, un portento físico, toda una fuerza de la naturaleza, capaz de aplastar cráneos de zombi con sus propias manos —al momento de decir aquello, varias imágenes del mismo Shaun ejecutando zombis a manos desnudas aparecieron a un lado de la pantalla, espectaculares montajes con zoom en alta definición—, pero un negado como líder o siquiera como resuelto colaborador. Y Karen Anvel, la joven e inútil chiquilla que quería ser famosa de un día para otro, haciendo poco más que desgastar víveres en el refugio y provocar altercados con otras féminas del programa...

— ¡Féminas! —Mazaias rió a carcajada suelta, mientras Salvador le miraba complacido—. ¡Oh, por Dios, me encanta esa palabra! Así es, Sal, de todos modos. ¿Qué cojones podemos esperar de estos dos energúmenos, sobre todo tras los espectaculares y dramáticos sucesos de estas últimas cuatro semanas? En mi opinión, cuanto queda por hacer aquí, es sentarse, relajarse, y esperar que esos putos zombis hijos de puta se los coman cuanto antes y de la más ridícula de las maneras. Estaremos atentos, proyectando para ustedes en miniatura el asedio zombi al refugio de los últimos de los "Mártires Catapelsky", mientras volvemos a ofrecerles las

mejores secuencias de toda la aventura que ha sido hasta ahora...

Y ambos presentadores nombraron al unísono el nombre del programa.

—... ¡Apocalipsis Zombi!

Y corte para publicidad.

— ¡Joder tío, no quiero morir! ¡No quiero morir así, tío! ¡Que todavía soy virgen!

— ¡¿Qué?! —exclamó distraído su compañero, revolviendo entre las cajas y cajones de las estanterías de la ferretería.

— ¡Que todavía soy virgen, tío!

Shaun Spencer dejó un instante el jaleo que estaba organizando con todos aquellos trastos, y la miró de arriba a abajo.

— ¿Qué coño vas a ser virgen tú? Esos escotes, esos diminutos shorts... Antes de que el mongólico cabreara a todo el mundo, parecías no querer otra cosa que un puto rabo entre tus piernas... tú... ¡como te llames!

— ¡Pues claro, tío! —repuso ella, cambiando el peso de su cuerpo de pierna, mientras se cruzaba de brazos, en un gesto muy propio de las jóvenes de su raza— ¡Joder, yo esperaba hacerme una superestrella siendo la primera chica en perder la virginidad en directo en Apocalipsis Zombi, habría sido famosa para siempre, de conseguirlo, joder!

— Vaya tela... —susurró Shaun, pero lo bastante alto para que ella le oyera por encima de los golpeteos y jadeos de los zombis al otro lado de las polvorientas lunas del local.

— ¡Anda el viejo! —chilló la joven, abriendo mucho los ojos, pareciendo que se le iban a salir las blancas esferas de las cuencas para rebotar por el suelo. Relinchando con sus gruesos labios una especie de suspiro de desprecio, siguió hablando: —. Tú estás aquí por amor al arte, ¿no?

—Pues necesitaba dinero... ¡y rápido! Debo mucha pasta a gente muy mala, y si no la consigo en lo que dura el programa, estoy mejor en el estómago de estos hijoputas —explicó escuetamente, señalando hacia los zombis del exterior con una sacudida del mentón.

—Vamos a morir, ¿no? —preguntó despacio la joven, sin querer volverse hacia las borrosas siluetas de los muertos vivientes, que hacían rechinar uñas y dientes contra el cristal.

—Supongo, hija...

—Hummm, ¿por eso me has salvado, porque te recuerdo a tu hija? —dijo de repente Karen poniendo su negra mano sobre la muchísimo más grande y blanca de Shaun, en el mostrador del dependiente, con un tono meloso... demasiado meloso.

— ¿Qué? ¡Era una forma de hablar! ¡No! No tengo hijos ni nada, nunca me casé... Ese rollo no me va. Joder, sólo quería ayudar a alguien, supongo que estabas más cerca que cualquier otro... No sé para qué ha servido.

— ¿Sabes? No quiero morir virgen, tío... —sentenció ella acercándose a él, buscando premeditadamente la cercanía y ser capaz de oler su sudor, y a ser posible, llegar a hacerle sentir a él el suyo propio.

—Sí, ya te oí antes, hija... ¿oye, qué haces?

—Me llamo Karen, tronco —le susurró ella, acercando sus oscuros labios a los suyos y haciéndolos chocar brevemente, impregnándoselos de la humedad de su saliva.

—Yo... yo Shaun... —tartamudeó él, en un pequeño momento que ella dejó pasar antes de volver a estamparle sus labios e intentar hundirle la lengua.

Él se dejó embargar por un momento por el repentino deseo que ella exudaba... Prácticamente era algo físico, un aura, dentro de la que él mismo se encontraba y de la que se veía poseído. Abrazó con sus grandes y musculosos brazos la pequeña y delgada figura, primero atrapándola contra sí a la altura de la espalda, mientras aspiraba y chupaba la lengua que ella le ofrecía, restregando sus labios, secos poco antes de sed y sofoco, pero ahora húmedos y tiernos por la saliva que ella segregaba abundantemente. Bebió de ella, de su boca, sintiéndose saciado de muchas maneras distintas, mientras sus manos relajaban su abrazo para bajar hasta la cintura y seguir la curva de las generosas nalgas tiernas de la negra, envueltas en los ajustados vaqueros sin perneras. Ahí de nuevo la apretó con ganas, sus dedos hundiéndose en los glúteos, y levantándola hacia sí, para llevarla a su altura, mientras tiraba ligeramente con cada brazo por su lado correspondiente, como si quisiera abrir a la chica por la mitad.

Aquel movimiento la excitó sobre manera. No sólo notó cómo se le habrían de par en par los labios de su sexo al ser izada así, también la salida de su ano la sentía repentinamente ventilada, y unas gotitas de sudor que poco antes se perlaban sobre su piel entre los glúteos vibraron y comenzaron a resbalar en rápida carrera, frías, alrededor y por encima de las pequeñas arrugas de aquel. Se estaba volviendo loca, y se abrazó al cuello de Shaun mientras con las piernas le envolvía por encima de las

caderas. Todo eso había pasado en apenas dos segundos, y cuando parecía que ya nada detendría su mutua y explosiva pasión, Shaun abrió mucho los ojos y empujó suavemente la lengua de Karen fuera de su boca, mientras gemía, queriendo darle a entender que quería decir algo. Ella pensó que sólo jugueteaba y rumiaba de goce, así que hizo fuerza y prácticamente le violó la boca hundiéndole casi hasta el gaznate su lengua. Tentado estuvo de dejarlo correr y seguirle la corriente a la joven, pero no, quizá aquello mismo les permitiera salir con vida del concurso, y debían intentar utilizarlo.

La dejó caer sentada sobre el mostrador, dándose media vuelta, y se apartó de ella cogiéndola por los hombros.

— ¿Qué pasa? —dijo ella con una increíble cara de pena—. ¿Es que lo hago mal?

— ¿Mal? Joder, Karen, no me puedo creer que nunca hayas tenido sexo antes...

—Bueno... esto sí lo tengo hecho, pero no más... —explicó como presumida, mientras abría y cerraba las piernas ahí sentada, mostrándose ansiosa. Su rosada lengua se relamía los oscuros y tiernos labios.

—No es eso, Karen —la calmó él, acercándose de nuevo, pero no tanto esta vez—. Escucha, cariño, esto mismo, lo que quieres, quizá nos saque de aquí.

— ¿Qué? —exclamó con la voz muy aguda, al punto de la carcajada—. ¿Me vas a follar tan fuerte que saldremos volando? Porque si no, no lo entiendo...

—No, piénsalo... Como dices, serás la primera persona en perder la virginidad en Apocalipsis Zombi... bueno, también lo hizo el mongólico, a su manera, pero dudo que eso cuente —recordó Shaun, pensativo.

—Bueno, ¿y qué? Mira este sitio, aquí ni siquiera debe haber cámaras, a no ser que estén muy escondidas. Los zombis acabarán entrando y moriremos... ¡Sólo quiero hacerlo antes de palmarla! —insistió Karen, acariciándole con ambas manos toda la entrepierna.

—No, Karen... Mira. Si les damos un espectáculo digno del recuerdo, si ambos nos convertimos en superestrellas para siempre, como tú dijiste, tendrán que sacarnos con vida, porque se morirán por nosotros, los fans se volverán locos por vernos en los tours de promociones, las entrevistas millonarias se sucederán, el merchandising tendrá un alcance de demanda inimaginable... Yo jugaba al fútbol americano, sé cómo es el puto circo mediático. Nos necesitarán para chupar del bote. Porque seremos

leyendas de Apocalipsis Zombi.

—No sé de qué hablas, Shaun, ni siquiera nos quedan armas: ese rifle tuyo, sin balas, y mi machete... ¿Qué...?

—Tenemos armas por todas partes, aquí... Y... Ese primer y último polvo que deseas... ¡Sí, lo vamos a echar!

A Karen le brillaron los ojos mientras se le asomaba una ancha sonrisa en la que mostraba la práctica totalidad de sus blancos y perfectos dientes.

— ¡Vamos, desnúdate! —la apremió él, empezando a tirar de su camiseta gris de tirantes hacia arriba, sin ningún cuidado, sin dejarla ni bajarse del mostrador. Cuando la dejó en sujetador, él mismo la alzó levemente por la cintura para ayudarla a ponerse de pie en el suelo—. ¡Quítate el sujetador, los pantalones, todo!

— ¡Ya va! —le calmó ella, mientras obedecía, viéndole revolver frenético entre más trastos de la tienda, a un lado—. ¡Vaya, tío, pensaba que ibas a seguir poniéndote tierno!

— ¿Eh? ¡Nos pondremos, nos pondremos tiernos, te lo prometo, pero espera, tú desnúdate, maja!

— ¡Maja! —repitió ella en un suspiro, y siguió desvistiéndose.

El larguísimo corte para publicidad seguía transcurriendo, con un cuarto de la pantalla, en la esquina superior izquierda, mostrando un montaje de las mejores imágenes de toda la violencia cada vez más sangrienta que se había ido desarrollando desde el inicio de esa segunda temporada... Pero, tan pronto como algunos atentos operativos de la sala de control distinguieron que la entrada a la ferretería empezaba de nuevo a abrirse, se interrumpieron de inmediato los comerciales para volver al directo en pantalla completa. Habían pasado unos 30 minutos desde que se habían encerrado en aquel lugar los últimos "Mártires Catapelsky", y buena parte de los muertos vivientes se habían dispersado de nuevo a lo largo de todas las calles, tras dejar poco más que unos manchurroneos sanguinolentos acompañados de trozos de ropa en jirones como restos de todos los perdedores del evento. Apenas una decena de zombis mantenían su atención sobre la ferretería, como incapaces de borrar de sus pútridas retinas el recuerdo de haber visto esconderse ahí a Shaun y Karen. Y precisamente por eso era por lo que, suponía todo el mundo, estarían intentando reanudar el éxodo, que ya se daba por fracasado, sin atisbo de duda...

— ¡No me lo puedo creer! —empezó a escucharse gritar al presentador Mazaias Tergara, pese a estar totalmente fuera de plano. Lo que se mostraba en todos los televisores era la entrada quedando muy poco a

poco despejada—. ¡Atención televidentes, que los dos pendejos se la van a jugar, como no podía ser de otro modo!

— ¡Por supuesto, Mazaias —aportó Salvador Nisce—. Los concursantes que seguimos no serían ganadores jamás como no fuera formando piña con supervivientes más preparados... Pero por otra parte, saben a qué juegan, y seguramente darán el todo por el todo hasta terminar destripados miserable y tortuosamen...

— ¡Dios de mi vida! ¿PERO ESTO QUÉ ES? —interrumpió Mazaias mientras todo el que seguía el programa podía ver lo que tanto le sorprendía—. ¡¿PERO QUÉ ESTÁ PASANDO, SAL?! ¡¿VES LO QUE YO?!!

—Efectivamente, Mazaias, lo veo —repuso Salvador, siempre calmado—. Los concursantes Shaun Spencer y Karen Anvel parecen estar totalmente desnudos... y... abrazados sin duda, el uno al otro.

— ¡Cállate, Sal, no seas imbécil! ¡Esto no es la puta radio, todo el mundo lo está viendo! —se escuchó gritar al presentador Mazaias, totalmente desatado, a su compañero— ¡Joder! ¡¡ESTA ES LA MEJOR EDICIÓN DE APOCALIPSIS ZOMBI QUE VERÁN USTEDES EN SUS VIDAS, HIJOS DE PUTAAAA...!

El sentido declamo para los telespectadores de Mazaias reforzaba el impacto y espectacularidad de lo que estaban haciendo Shaun y Karen. Con un montaje desde varios ángulos y practicando toda una serie de precisos zooms, las cámaras registraban a ambos totalmente desnudos, de pies a cabeza (excepto Shaun, que aún calzaba sus botas sin calcetines), él llevándola a ella en volandas, sujetándola sin ningún reparo desde las negras, bonitas y pequeñas nalgas desnudas, mientras que ella le abrazaba a él del cuello con sus brazos y de la cintura con sus piernas. Más allá de las muñecas de él se extendían, atados contra la piel de sus antebrazos con lo que parecía abundante cinta de embalar, la oxidada hoja de una sierra más allá del puño derecho, y el mellado filo del machete que antes pertenecía a Karen, desde el izquierdo. Ella tenía envueltas las pantorrillas desde los tobillos hasta los gemelos del mismo modo, pero alargándose sus extremidades más allá de los desnudos pies en la forma de la brillante cabeza de un plateado y gran martillo de uña en la pierna derecha, y con la de la hoja roja y nueva de un pequeña hacha de mano, en la izquierda; incluso cruzada de piernas alrededor de Shaun como estaba, podía hacer mucho daño si éste se ponía a girar sobre sí mismo.

Los precisos enfoques de las cámaras mostraron en primer plano para todos que el erecto miembro viril de Shaun se apretaba contra Karen entre sus sudorosas nalgas, como si estuviera proporcionando para los espectadores una medida de hasta dónde podría penetrarla. Y mientras los zombis se separaban con desidia de los sucios cristales de los

escaparates del local, y antes siquiera de prestar atención ninguna al peligro que representaban, Shaun miró a Karen a los ojos muy de cerca y asintió con las cejas enarcadas, interrogativo. Ella le miró fijamente y asintió a su vez, con verdadera cara de miedo y prisa, antes de abrazarse aún más fuerte a su cuello y apoyar con fuerza su barbilla contra uno de sus hombros. Cerró los ojos y... Sintió cómo Shaun la alzó levemente, del mismo modo que un rato antes, cuando seguían vestidos, pero haciéndolo aún más rápido y apretándola bien contra él, lo cuál la sorprendía pero no tanto como lo que todos pudieron ver en sus casas.

Lo que se vio en espectacular primer plano en los televisores de todos fue cómo el pene duro y grande del ex jugador resbalaba entre los glúteos negros de Karen y repentinamente enfilaba contra su oscura vagina de rojizos matices interiores. El extremo de Shaun empujó tanto sus labios exteriores como interiores, claramente desbordados por el brío y el tamaño de la embestida, y parecía que estaba plegando a la joven hacia su propio interior por un momento, mientras ella gemía con la cara torcida en gesto de dolor, alivio y sorpresa, escapándosele, desde la mitad del grueso labio inferior de su boca, un largo hilo de saliva sobre Shaun, mientras la asaltaban verdaderos deseos de morderle incluso. En la tele se pudo ver cómo el sexo de Shaun se detenía brevemente, mientras parecía que la chica se resistía a dejarse caer sobre él, pero también se notó la presión de sus fuertes brazos por cómo se marcaban los anchos dedos contra las nalgas al empujarla hacia abajo... El pene entró entero, hasta los testículos, de una sentada rápida y seca, y en todo el mundo se escuchó a Karen pasar de gruñir ruidosamente a gritar a voz en grito, muy abrazada a su compañero.

— ¿Estás bien, cariño? —le dijo él junto al oído, pero lo bastante alto para que ella pudiera entenderle por encima de los jadeos y rugidos de los zombis, y consiguiendo con ello, además, que su voz se captara muy clara desde los micrófonos direccionales de las miles de cámaras.

— ¡Oh, joder, sí! ¡Sí estoy bien, pero eso dolió! —le gritó a su vez, aún apretada de brazos y piernas contra él, que caminaba con ella aún cogida del culo para tomar distancia de los zombis de la ferretería.

Todo el mundo celebró a gritos desde sus casas, en los bares, en las calles, donde fuera que estuvieran viendo el programa, el momento en que ella decía aquello, sin ser capaces de creerse la emoción, el humor, la espectacularidad y la sensualidad explícita de todo lo que estaba pasando ante las cámaras.

Los muertos vivientes del resto de la calle ya les empezaban a prestar atención, quizá por el olor, quizá por su rapidez de movimientos... el caso es que todos los muertos empezaron a acercarse a ellos de una manera lenta, inexorable, pero por el momento gradual. Y Shaun y Karen

apretaron el acelerador.

— ¡Estira las piernas, Karen, cógete fuerte a mi cuello, sin miedo, yo aguantaré!

Ella obedeció de inmediato, soltando el abrazo de sus piernas alrededor de la cintura de Shaun, pero aún apretando con sus muslos las caderas de él, para mayor seguridad. Él giró sobre sí mismo con soltura, blandiendo sus brazos-espada alrededor, seguidos de las piernas armadas de Karen, y los muertos vivientes caían decapitados o derribados de violentos golpes contra sus cabezas, mientras la pareja no dejaba de avanzar hacia ninguna parte, en realidad buscando Shaun todo el rato la dirección en la que parecía el camino más despejado de la multitud zombi, llevara hacia donde llevara.

— ¡Joder tío, me voy a caer! ¡Siento que me fallan las piernas! —dijo Karen, notando temblores dentro de sí, por la excitación de todo el movimiento.

— ¡No pasa nada, cariño! Abrázate, a mí, icruza las piernas, si quieres, pero aguanta!

Ella le hizo caso, abrazándose de nuevo con fuerza a él mientras el orgasmo que el movimiento de la carrera le propiciaba la asaltaba. Sintió cómo se desataba dentro de ella un torrente inesperado, y gritó, mordiéndole por fin a él el hombro, muy cerca de la base del cuello. Los espectadores del programa de cualquier nacionalidad celebraban de nuevo los impresionantes primeros planos en movimiento que mostraban cómo la incolora pero brillante cascada del éxtasis de Karen resbalaba abundante por alrededor del enorme y apretado pene de Shaun, empapándole toda la bolsa escrotal primero, y los muslos y rodillas después, mientras él no dejaba de correr y pelear.

— ¡Ahh, joder, hija, Dios de mi vida! —gruñó Shaun, mientras sentía a la pequeña negra sobre él sacudiéndose de puro placer, y casi haciéndole perder el sentido del mismo modo—. ¡Joder contigo, vas a hacer que me corra!

Shaun a duras penas podía ya prestar atención a los zombis, y más que nada intentaba dejarlos atrás mientras los esquivaba caminando poco más rápido de lo que ellos lo hacían. Alterado y distraído por los placenteros espasmos de Karen, tropezó él mismo al arrastrar un pie por el suelo, y empezó a caerse de lado, consiguiendo girar sobre su rodilla derecha dolorosamente para evitarle a la joven el mayor impacto de la caída. A pesar de ello, ella se llevó un buen golpe en su muslo y hombro izquierdos, al soltarse del susto y dejarse caer a plomo junto a él, que había quedado sentado sobre el asfalto con todo el trasero quemándole

del roce.

Karen intentó incorporarse rápidamente, pero con las piernas inútiles para caminar por el apaño de aquellas armas en sus pantorrillas, no era capaz. Shaun miró hacia el cielo en ese momento, al escuchar acercándose rápidamente a los helicópteros de las fuerzas especiales del programa. ¡Lo estaban logrando! ¡Estaban consiguiendo su atención, seguramente eran un éxito total con las audiencias, si es que mandaban a los helicópteros a escoltarles...!

Pero... No. Los cuatro helicópteros empezaron a sobrevolar la calle por la que intentaban escapar, lentamente, como vigilándoles, pero no parecía que hubiera intención ninguna de extraerles, de rescatarles. Esa certeza fue cuanto necesitó Shaun para incorporarse de un salto, con las nalgas rozadas y sangrantes, la piel levantada del abrasivo mordisco del suelo de esa carretera. Se arrancó sin apenas esfuerzo ni apreciación de dolor toda la cinta de embalar que envolvía sus brazos y fijaba a ellos el machete y la sierra dentada... y todavía usó esta última para correr alrededor de Karen, que reptaba lentamente sobre el asfalto, aún dolorida, y deshacerse, de certeros golpes en sus sienes y nuca, de todos los muertos más próximos.

— ¡Están ahí! —gritó Karen mientras Shaun hacía todo aquello, mirando hacia los helicópteros, retorciendo el cuello—. ¡Que nos van a sacar, tronco!

— ¡Aún no! ¡Aún no harán nada! —le respondió él, tirando lejos de una vez la hoja de sierra, ya bastante doblada e inútil—. ¡Cariño, esto te va a doler, pero puede salvarnos la vida!

— ¡¿Eh?! ¿De qué hablas? —quiso saber ella, aún a cuatro patas, e intentando ver a Shaun, que le hablaba desde detrás.

— ¡Perdona, hija! —gritó él. Y se acercó rápidamente a ella, aún muy excitado pese al dolor de la reciente caída y la furia por sobrevivir que le dominaba... ¡o quizá precisamente gracias a todo ello!

Shaun se escupió en ambas manos varios densos salivazos que enseguida se restregó con fuerza por todo su pene, todavía algo húmedo de los fluidos de Karen, al tiempo que doblaba sus rodillas acercándose a ella, a su redondeado y caliente trasero, cuyas nalgas vibraban perladas de sudor mientras se agitaba de miedo ante la visión de los muertos vivientes que les volvían a cercar.

— ¡Vienen más muertos, tío! —le avisó ella sin necesidad, de puro miedo—. ¡¿Qué estás haciendo, dónde estAAAAAAAAAAAAH...?!

Su tono de interrogación se extendió y aumentó de ese modo en volumen para deleite de todo el internacional público de Apocalipsis Zombi, mientras un complicado plano desde lo alto, con un zoom telescópico de alta definición, dejaba ver cómo el glande viscoso de saliva de Shaun se apretaba impiadoso contra el ano negro y prieto de la pobre Karen, perforándolo sin demora, hundiéndoselo al tiempo que lo abría de par en par, y haciendo pasar el resto de su pene hasta llegar a cerrar con los testículos sobre ella, usando su favorable posición y su peso.

— ¡Ahhhh, joder! —gruñó Shaun sobre ella— ¡Joder, eso ha sido bueno, chica!

— ¡SÁCAMELA, SÁCAMELA HIJOPUTA! ¡FUERA, SÁCAMELAAA! —gritaba ella, débil y sometida, pero empalada hasta el fondo para su sorpresa y dolor. Sentía como ganas de expulsar una larga mierda que nunca saldría.

Otro plano desde una lejana cámara detrás de ellos mostraba por un momento cómo los apretados testículos de Shaun se aplastaban contra el fondo entre las nalgas de la joven y pequeña negra, mientras su pequeño coño parecía convulsionar, casi como si estuviera a punto de explotar por el excesivo relleno en el recto. Todo el mundo lo veía en sus casas, y por primera vez en todo el tiempo desde que los últimos de los “Mártires Catapelsky” reiniciaran su imposible éxodo, el programa abrió plano hacia los dos presentadores, mientras detrás de ellos el fondo ponía entre ellos el detalle de la sodomización de Karen, quien no paraba de gritar, para hilaridad de muchos espectadores.

— ¡Maldita sea, amigos! ¡Miren esto, MIREN ESTO! —gritaba Mazaias para la cámara, señalando a la imagen tras él, y mirando a su compañero—. ¡Joder, Sal, ¿ves esto?! ¡¿ESTÁS VIENDO ESTO, POR EL AMOR DE DIOS?!

—Sí, sí Mazaias, lo veo como todos... —tartamudeaba Salvador, evidentemente incómodo, pero siguiéndole como podía la corriente. Tenía las manos entrelazadas delante de su entrepierna, y seguramente estuviera sufriendo una erección.

— ¡Maldita sea, damas y caballeros! —continuó el del tupé, haciéndolo bailar en alocadas convulsiones de emoción—. Si no fuera porque estoy muerto por dentro, si no fuera porque las putas drogas me han jodido la polla para siempre, si mi alma fuera capaz de emocionarse realmente y no sólo tuviera que imitar que así es delante de una cámara, ¡les aseguro que ahora mismo tendría una ERECCIÓN DE LA PUTA MI MADRE! —gritó desatado, haciendo que el planeta entero se tronchara de la risa de incredulidad, no sólo ante lo que pasaba en el concurso, si no por la actitud psicótica de Mazaias Tergara. Empezó a señalarse la entrepierna mientras la agitaba hacia la cámara como si se follara algo diminuto entre sus palmas—. ¡Aquí mismo, aquí, donde les señalo, señoras y señores...!

¡TENDRÍA EN ESE CASO UN POLLÓN ASÍ DE GRANDE!

— ¡Atención, Mazaias, que la cosa no ha terminado! —le señaló Salvador Nisce, tocándole un hombro para que se volviera hacia el monitor que debían tener a un lado del plató, donde podían seguir el programa en directo.

— ¡¿Qué, qué...?! —hizo Mazaias, perdido por un momento, buscando la imagen.

Y el equipo de edición soltó un juego de varios planos desde diferentes ángulos, de lo que Shaun Spencer estaba haciendo. Pues no se estaba conformando con dar por el culo a la jovencita, si no que estaba izándola desde la cintura para levantarla hacia él, aún empalada. Ella seguía gritando, pero ya no decía nada. Sólo gritaba con la voz muy grave, y casi parecía más sorprendida o confundida que otra cosa. Shaun tiró de ella hasta que su espalda quedó apoyada contra su propio pecho, haciendo que el mismo peso de la joven soldara su durísima erección al mordisco, intenso pero inofensivo, de su ano.

— ¡WOOOOUUUUU! —hacía Karen, mientras las cámaras enfocaban el centro de sus piernas abiertas, con la vagina abierta de par en par y el culo relleno de todo el sexo de Shaun—. ¡AYYYYAAAAA, WUUUOOOOOOOO...!

— ¡Si salimos de esta, no voy a olvidar esto en la vida, Karen! —le gritó al oído Shaun, poniéndose medianamente romántico de puro placer, sintiendo que su pene estaba atrapado, caliente y presionado, estrangulado al punto de que notaba cada latido de su corazón en cada milímetro de toda esa longitud.

Lo que tenía que ser la mierda de la chica rebotaba ocasionalmente contra la boca de su glande, y eso literalmente le hacía rabiar de un goce puro y desatado, animal. Usó esa furia para pasar a sostener a Karen por debajo de las rodillas, dejándola totalmente sentada sobre sus testículos, y empezó a zarandear sus pantorrillas ante él mismo, mientras avanzaba como podía, golpeando a los muertos vivientes que se les acercaban con el martillo y el hacha sujetos aún a ellas.

— ¡Dios, sí, mátalos! —consiguió decir Karen mientras las cámaras enfocaban su cara de dolor y rabia. Pero cerró un momento con fuerza los ojos cuando los pasos y saltos de Shaun la hicieron rebotar con todo aquel trozo de carne dentro de su sobredimensionado culo—. ¡AAAHHH, HIJOPUTAAA!

— ¡ERES LA MEJOR PUTA ARMA DEL MUNDO, KAREN, JODER! —empezó a

gritar él a su vez, ahogando sus gritos de agonía.

— ¡DIOS! ¡AAAAYYY! ¡¿QUIERES CORRERTE DE UNA VEZ, PUTO ORANGUTÁN?! —le exigía Karen, intentando sujetarse a él para evitar todos aquellos meneos que le estaba dando mientras usaba sus piernas como armas para seguir abriéndose paso. Pero no tenía nada que hacer, él no dejaba de mover sus brazos, y a poco más podía sujetarse.

Mientras tanto, en el programa volvieron a poner en plano a los presentadores, y mientras Salvador Nisce no hacía más que mantener las manos ante su entrepierna, Mazaias, dándose cuenta repentinamente de que les ponían de nuevo en el aire, empezó a gritar.

— ¡¿Se lo repito, queridos telespectadores?! ¡Si me funcionara la puta polla, ahora mismo estaría MASTURBÁNDOME EN DIRECTO, AQUÍ, AHORA, CORRIÉNDOME CONTRA SUS PUTAS CARAS!

Shaun estaba ya muy agotado para seguir zarandeando a Karen, sentía los brazos y las piernas agarrotados de la continua y larga lucha, y los muslos le temblaban de puro éxtasis. Estaba a punto de correrse, y no aguantaba más.

— ¡Joder, lo siento Karen! ¡Lo intenté!

— ¡Ahhh! ¡Ay! ¡¿De qué hablas, puto?! —consiguió decir ella, cansada y a punto de un nuevo orgasmo, pues de algún modo la polla en el culo le estaba estimulando la estrecha cavidad vaginal—. ¡Ayyy, cuidado, qué haces!

Shaun se arrodilló primero en el suelo, hiriéndose de nuevo las rodillas contra el asfalto, y dejó reposar en el suelo a Karen también, pero sin liberarla, pasando a cogerla de la cintura primero y de los hombros después, mientras reptaba hasta ponerse encima de ella, cuan largo era. Le sacaba casi dos cabezas de estatura, y no le costó dominarla completamente.

— ¡Lo que hago, Karen... es darte por culo hasta la muerte! —explicó Shaun, apretando su mejilla contra la de ella, encima de ella, casi quitándole la respiración con el peso de su musculoso cuerpo.

Karen miró alrededor lo que poco que podía girar el cuello en esa posición, aplastada, con sus pechos soportando el peso de los dos sobre el cálido y rugoso asfaltado. Los muertos se acercaban desde todas partes.

— ¡¿Sí?! ¡Pues hazlo de una puta vez, cabrón! —le animó ella, sabiendo que era el final—. ¡Reviéntame de una puta vez!

Y no dijo más, porque Shaun levantó sus caderas apoyándose sobre sus rodillas, abiertas alrededor de las piernas de Karen, separando la pelvis de sus nalgas, y dejando salir repentinamente su polla, hasta el final. Karen sintió un gran alivio, como al término de un pesado estreñimiento, pero al momento mismo volvió a metérsela entera, sin darle el menor respiro. Shaun se la hundió hasta estrellarle sonoramente los huevos contra el perineo, esta vez sí, sintiendo que le empujaba un bulto de heces.

— ¡Te voy a hacer un batido de mierda, cariño! —le susurró él para darse ánimos.

Y empezó a machacarla, sin que haya otras palabras para describirlo, dejándose caer contra ella y al tiempo empujando con todo su deseo ya liberado por completo, mientras se centraba en el olor de su oscura piel sudorosa, y en sus inspiradores gritos que ya no sabía él distinguir si eran realmente de dolor o de placer.

Por su parte, Karen, sí que sentía tanto dolor como placer a partes iguales. Todo su cuerpo se zarandeaba con las embestidas que parecían atravesarla de parte a parte, haciendo estallar todos sus nervios, y que estaban generando un creciente calor y placer irresistibles en el interior de su vagina, que sentía invadida y rebosada. Iba a correrse de nuevo, pero la distrajo momentáneamente el sonido de disparos desde lo alto, desde los helicópteros, sin ninguna duda. Pudo ver cómo algunos muertos vivientes caían delante de ellos, a su alrededor, ejecutados con certeros disparos a sus puñeteras cabezas.

— ¡Ahhh, oh Dios! —intentó hablar ella, con su mente medio ida—. ¡Joder, nos van a sacar de aquí! ¡Ah, Dios, puto cabrón! ¡Que me revientas!

— ¡Sí! —gimió Shaun—. ¡Nos van a sacar! ¡Y es por ti, cariño! ¡Tú nos has salvado! ¡Nos has salvado!

Shaun empezó a mover sus caderas a toda velocidad, al punto de que ella ya pensaba que, o se le iba a salir la vagina de dentro a hacia fuera, o que se le iba a prender en llamas el culo. El hombre sobre ella la llenó con una densa explosión cálida que la excitó justo lo que necesitaba para acabar expulsando por sí misma nuevos fluidos de éxtasis. Las cámaras pudieron grabar cómo su estrecho sexo escupía con violencia sobre el asfalto, entre sus piernas, como si despreciara a las cámaras por estar grabando, y cómo su culo rezumaba con el semen que Shaun no dejaba de bombear, a pesar de haber terminado con su propio orgasmo.

Los tiradores de los helicópteros les cubrieron todo ese tiempo, manteniendo a raya a los zombis hasta que ellos dos terminaron lo que siempre se recordaría como “El polvo de los muertos vivientes”.

No mucho después, Shaun viajaba en uno de los helicópteros, sentado y cubierto con una manta sobre los hombros, junto a Karen, tumbada boca abajo en una camilla y tapada también de hombros a rodillas por un cobertor.

—Me has destrozado el culo, cabrón —le dijo ella con una media sonrisa, el mentón apoyado sobre sus muñecas—. No podré sentarme ni dormir boca arriba en un mes, no sé...

—Vas a ser la estrella más recordada de Apocalipsis Zombi, te lo garantizo, hagan las ediciones que hagan...

— ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber, poniéndose seria de repente.

— ¿Ahora? —él la miró, devolviéndole una amplia sonrisa—. Con el premio devolver el dinero que debo, y rezar para que valga con eso... Ahora que soy famoso temo que me tomen por la gallina de los huevos de oro... Ya debemos nuestras almas al programa, como quien dice, y no me siento capaz de rendir cuentas a dos años...

— ¡Qué mal rollo! ¡Eso suena a mal rollo!

—Sí... mi vida entera es un rollo, largo, y malo... —repuso él, sonriendo—. Oye... perdona por darte por el culo.

— ¡No pasa nada! —respondió Karen con alegría, y en un tono como de tipa dura, añadió: —. La vida nos da a todos por el culo, ¿no? Antes o después...

Shaun Spencer sonrió y se encogió de hombros por toda respuesta.

FIN